



Contrapuntos

EN EDUCACIÓN

Revista del INSTITUTO UNIVERSITARIO DE
INVESTIGACIÓN EN FORMACIÓN DE
PROFESIONALES DE LA EDUCACIÓN

uma
editorial



A debate

Formar profesionales de la educación en tiempos convulsos

Educating Education Professionals in Turbulent Times

José Luís del Río Fernández



Universidad de Málaga

ORCID: [0000-0001-9579-3530](https://orcid.org/0000-0001-9579-3530)

joseluisdelrio@uma.es

Recibido: 12/07/2025 **Aceptado:** 07/09/2025 **Publicado:** 20/10/2025

To cite this article: del Río-Fernández, J.L. (2025). Formar profesionales de la educación en tiempos convulsos. *Contrapuntos en Educación. Revista del Instituto Universitario de Investigación en formación de profesionales de la educación*, 1(1), 99-105. <https://doi.org/10.24310/cpe.1.1.2025.22124>

DOI: <https://doi.org/10.24310/cpe.1.1.2025.22124>

RESUMEN

El texto analiza los desafíos actuales de la formación docente en un contexto social caracterizado por la inestabilidad, la desinformación y el deterioro de valores democráticos asentados históricamente. A grandes rasgos, se describe una sociedad en la que la “modernidad líquida” ha dado paso a una “modernidad gaseosa”, marcada por la volatilidad, la incertidumbre y la manipulación mediática. En este escenario, la educación se encuentra subordinada a los intereses de un sistema económico capitalista, neoliberal y mercantilista que exige de las nuevas generaciones adaptación y competitividad, en lugar de pensamiento crítico y justicia social. Para hacer frente a esta amenaza, el autor propone recuperar la dimensión ética y humanista en la formación del profesorado, invitando a que la *verdad*, la *bondad* y la *belleza* se conviertan en “principios faro” que permitan resistir la deriva nihilista y mantener viva la esperanza educativa.

Palabras clave: Formación del profesorado; Pensamiento crítico; Justicia social; Modernidad gaseosa; Principios faro.

ABSTRACT

The text analyzes the current challenges of teacher education within a social context marked by instability, misinformation, and the erosion of historically rooted democratic values. Broadly speaking, it describes a society in which “liquid modernity” has evolved into a “gaseous modernity,” characterized by volatility, uncertainty, and media manipulation. In this scenario, education has become subordinated to the interests of a capitalist, neoliberal, and market-driven system that demands adaptability and competitiveness from new generations rather than critical thinking and social justice. To confront this threat, the author proposes reclaiming the ethical and humanistic dimension of teacher education, calling for truth, goodness, and beauty to serve as “guiding principles” that help resist nihilistic tendencies and keep educational hope alive.

Keywords: Teacher education; Critical thinking; Social justice; Gaseous modernity; Guiding principles.

1. INTRODUCCIÓN

El equipo editorial de la revista Contrapuntos me encomienda la honrosa tarea de inaugurar esta sección —que tiene visos de continuidad en números posteriores— concebida como un espacio donde dar rienda suelta a pensamientos destinados a fomentar la reflexión entre la comunidad educativa sin que el texto haya de someterse a las consabidas restricciones de redacción y formato que se les exige a los artículos científicos convencionales, constreñidos por las limitaciones que exige el esquema IMRD (Introducción, Método, Resultados, Conclusiones), la supuesta objetividad y el uso del lenguaje impersonal. Sin duda, es un gran honor, pero también una enorme responsabilidad, por lo que intentaré estar a la altura de las circunstancias. En cualquier caso, vaya por delante que el trabajo se acomete desde la humildad intelectual más absoluta, ya que el propósito no es establecer axiomas ni verdades irrefutables. De hecho, reconozco sin pudor alguno que, a lo largo de mi trayectoria académica y profesional, he ido acumulando más dudas que certezas, por lo que todas las palabras que compartiré en los sucesivos párrafos son susceptibles de réplica. Además, tengo la enorme fortuna de ser padre de una hija preadolescente que me recuerda diariamente que una cosa es estudiar educación y otra muy distinta hacerla —sobre todo, hacerla bien—, de modo que rehúyo de la posibilidad de que alguien pudiera llegar a pensar que estas líneas proceden de un experto en la materia y tienen carácter dogmático. Nada más lejos de la realidad.

Hecha la pertinente aclaración (que me ayuda a evitar el llamado *síndrome del impostor*), planteo en forma de interrogante el tema que traigo a debate en este número cero y que está en consonancia con los inusuales acontecimientos que nos está tocando vivir en las postrimerías del primer cuarto del siglo XXI, marcado entre otros aspectos por los conflictos bélicos a gran escala, el ascenso del neofascismo, el auge de la Inteligencia Artificial y los *chatbots*, la adicción compulsiva a las redes sociales, la utilización del miedo y la desinformación como arma política, el aumento de la precariedad laboral, la dificultad de acceso a la vivienda, la gradual depauperación de los servicios públicos, el crecimiento de los problemas de salud mental, el negacionismo ante la evidente amenaza del cambio climático, etc. Honestamente, el panorama no es muy alentador. ¿Cómo formar profesionales de la educación en tiempos tan convulsos?

2. AVANZAR A TIENTAS EN LA MODERNIDAD GASEOSA

Estamos a punto de cumplir los primeros 25 años del tercer milenio y el futuro es más incierto e impredecible que nunca. Si a comienzos del año 2000 el sociólogo Zygmunt Bauman acuñaba y popularizaba el término “modernidad líquida” para referirse, de

manera metafórica, a un contexto sociohistórico caracterizado por la fragilidad de los vínculos sociales, la ausencia de patrones definibles y la necesidad de adaptación a un mundo en constante transformación (Bauman, 2002), en el año 2025 podemos decir que ese estado líquido ha mutado a uno *gaseoso*, tal y como apuntan autores como Royo (2017), Scolari (2020) o Lapoujade (2022). Los cambios son tan drásticos y se producen a un ritmo tan vertiginoso que resulta prácticamente imposible atisbar el horizonte a corto/medio plazo e intentar augurar los sucesos que ocurrirán a lo largo de las próximas décadas — el 2035 o el 2045 son fechas que parecen tan lejanas e inalcanzables que los pronósticos se difuminan—. Es más, si hacemos un ejercicio de prospectiva, comprobaremos que la *bruma* que nos rodea es tan densa que ni siquiera podemos visualizar con claridad qué pasará en el próximo lustro. Y para muestra, un botón: ¡Cómo íbamos a imaginar que en apenas cinco años, los gobiernos de buena parte de los países del mundo pasarían de comprar vacunas para salvar la humanidad de una pandemia, a comprar armas para acabar con ella en una hipotética, aunque plausible, tercera guerra mundial!¹

Desde mi punto de vista, lo más preocupante de esta desconcertante coyuntura general es que valores universales que hasta hace relativamente poco parecían gozar de un cierto grado de solidez, consistencia y aceptación social, como el pacifismo, el ecologismo, el feminismo, la atención a la diversidad, la lucha contra el hambre, la pobreza, la exclusión, la discriminación, etc., se estén *evaporando* delante de nuestras narices sin que hayamos podido reaccionar a los mecanismos de manipulación mediática que han instalado de forma subrepticia la idea de que luchar por defender los derechos de las personas más vulnerables es “activismo radical” —o ideología *woke* (¿?)— mientras que luchar por blindar los privilegios de los que disfrutaban ciertas élites es “defender la libertad”, apuntalando las bases que sostienen un sistema capitalista en inminente riesgo de colapso. Probablemente, esta sea la consecuencia de haber ignorado durante más de medio siglo la advertencia que nos legó el icónico Malcolm X antes de ser salvajemente abatido a tiros: “si no estáis prevenidos ante los medios de comunicación, os harán amar al opresor y odiar al oprimido”.

Ciertamente, causa una mezcla de estupor y temor constatar que los consensos mínimos sobre la importancia que tiene cuidar *lo colectivo* para nuestra propia supervivencia como especie han saltado por los aires a base de denigrar virtudes como la solidaridad y la fraternidad —¡ojo, porque hoy en día cualquier acto bondadoso será calificado despectivamente como un gesto de ingenuidad o “buenismo” pueril!—, y que el vacío resultante esté siendo ocupado progresivamente por una corriente de pensamiento “malista” que ensalza el individualismo, el egoísmo, el narcisismo y la ostentación de acciones tradicionalmente reprobables que, de repente, se han vuelto admisibles, como culpar al pobre de su pobreza o al desgraciado de su desgracia (Entrialgo, 2024). En definitiva, la crueldad y la vileza enmascarada de supuesta incorrección “canallita” y transgresora².

Amparados en este latrocinio, ya no sorprende que haya gobernantes o dirigentes políticos a uno y otro lado del charco que se atrevan a afirmar que la justicia social “es aberrante” o que se trata de “un invento de la izquierda para promover el rencor y la envidia”³. ¿Qué ha pasado en los últimos años para que partidos que defienden abiertamente la ideología fascista tengan el mismo grado de legitimidad que el resto de

¹ Núñez Villaverde, J. A. (10 de abril de 2025). El rearme mundial, imparable y contraproducente. Equal Times.

² Si defender la dignidad de las personas más vulnerables es motivo de burla, entonces el problema no es el exceso de corrección, sino la escasez de empatía.

³ Coto, S. (30 de junio de 2024). A vueltas con la justicia social: el desprecio de Milei y Ayuso a un “monstruo” que aboga por la igualdad de oportunidades. Huffpost.

las fuerzas democráticas, llegando incluso a alcanzar el poder con mayorías absolutas, y que el antifascismo se presente ante la opinión pública como un posicionamiento *polarizado*? ¿Acaso puede ser igualmente respetable defender el odio que la convivencia pacífica? ¿Debe tener la misma consideración una persona que se declare orgullosamente machista, racista, sexista, clasista, homófoba, etc., que quien muestre un posicionamiento ideológico completamente contrario? ¿Dónde ha ido a parar el sentido común y la humanidad?

Soy consciente de que en el imaginario popular tiene mucha fuerza el aforismo que afirma que *en el equilibrio está la virtud*, y reconozco que el proverbio aristotélico puede aplicarse perfectamente en muchos ámbitos de la vida, pero hay otros en los que no cabría discusión alguna —como en todo lo relativo a la defensa de los Derechos Humanos—, porque es evidente que la virtud está sólo en un lado de la balanza. Sin embargo, como resultado de esta perversa neutralidad disfrazada de “equidistancia”, no es de extrañar que estemos asistiendo de manera impasible al cometimiento de un genocidio contra el pueblo palestino por parte del gobierno sionista de Israel, con el apoyo nada velado de Estados Unidos y la indiferencia hipócrita de los países que conforman la Unión Europea⁴; o que la ciudadanía española tolere que un tertuliano de un programa de televisión emitido en *prime time* proclame, con absoluto descaro, que “todo lo que hay alrededor de Israel no es democrático ni libre. Son putos terroristas. Basura humana que, para mí, debería ser exterminada” (sic)⁵, por supuesto, con la connivencia de un presentador obviamente escorado a la derecha, que no solo da pábulo a este tipo de declaraciones, sino que además se erige como adalid de la libertad de expresión y se queja continuamente de que “en este país ya no se puede decir nada”. En fin.

3. ¿NADAR A CONTRACORRIENTE O ACEPTAR LA DISTOPÍA?

Ante este paisaje tan desolador, aquellos/as que nos dedicamos a la formación de profesionales de la educación tenemos la difícil papeleta de educar para la paz y abogar por la construcción de una ciudadanía crítica. Con el sonido de las bombas como ruido de fondo, las múltiples estrategias de adocenamiento cultural y la preocupante expansión de los movimientos reaccionarios a lo largo y ancho del planeta, este cometido parece una broma o una entelequia. El desafío es similar a tener que alcanzar una orilla que cada vez se aleja más, nadando a contracorriente y con un brazo atado a la espalda. ¿Cómo afrontar nuestra labor cuando descubrimos que estamos inmersos/as en un mar de continuas contradicciones? ¿Con qué actitud encarar esta extenuante misión si escuchamos a J. D. Vance, el Vicepresidente del país más poderoso del mundo, afirmar públicamente que “es preciso atacar con agresividad a las universidades” y que “los profesores son el enemigo”?⁶ ¿El enemigo de quién o de qué?

En este sentido, creo que no voy a descubrir el fuego si reconozco que el actual sistema educativo está supeditado al sistema económico imperante (Díez-Gutiérrez, 2025)

⁴ Lo que está sucediendo en Gaza es tan aterrador que desplaza otras acciones deleznales que estén ocurriendo actualmente. El mismo día que estoy sentado delante del ordenador, tecleando estas palabras frente a la pantalla, leo en la prensa que “el ejército israelí ordena disparar a los gazatíes en repartos de comida” (Diario Público, 27 de junio de 2025), una atrocidad más que sumar al bombardeo deliberado de colegios, hospitales y campos de refugiados repletos de personas inocentes, incluidos ancianos, mujeres y niños. Un acto tan despreciable e inhumano que no existen calificativos para definirlo.

⁵ La barbaridad de un tertuliano de Iker Jiménez en Cuatro (Diario Público #Tremending, 23 de septiembre de 2024).

⁶ Discurso pronunciado en la II Conferencia Nacional Conservadora, en noviembre de 2021. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=Ott_iPswT8

y que cualquiera que muestre oposición a este paradigma hegemónico se convierte, de repente, en alguien sospechosamente subversivo. Así las cosas, la finalidad implícita no es educar para cuestionar y transformar el sistema capitalista, neoliberal y mercantilista, sino educar para procurar encajar en él y tratar de sobrevivir en las mejores condiciones posibles, a costa —o gracias— al sufrimiento de los demás (esto incluye entender que hay determinadas guerras que funcionan como potenciales revulsivos económicos y que no deben discutirse bajo ningún concepto)⁷. Asumir y consolidar el modelo establecido es el objetivo que se persigue sin ambages y que, incluso, se anuncia a los cuatro vientos bajo el eslogan de preparar a las nuevas generaciones para el futuro, como si el futuro no estuviese siendo diseñado desde el presente a medida de los intereses de las grandes oligarquías...

Ya nos recordaba el filósofo británico Mark Fisher, rescatando una sentencia atribuida tanto a Fredric Jameson como a Slavoj Žižek, que “es más fácil imaginar el fin del mundo, que el fin del capitalismo” (2016, p. 22), una idea que se ve reforzada constantemente no solo mediante los mensajes que emiten los medios de comunicación convencionales, sino también a través de la ficción, ya que la mayoría de las películas, series, cómics, libros, videojuegos, etc., que inundan el mercado del ocio nos invitan a aceptar la distopía con total resignación, cercenando la posibilidad de imaginar un futuro alternativo en el que merezca la pena vivir y por el que merezca la pena luchar. Desde esta lógica determinista, se procura igualmente que los/as aspirantes a profesionales de la educación “aprendan” durante su paso por la universidad a legitimar la opulencia y la desigualdad, asumiendo como algo natural e inevitable la máxima hobbianista de que “el hombre es un lobo para el hombre”, y que las leyes que rigen la vida en sociedad no deben diferir mucho de la ley de la selva, en la que las especies más fuertes tienen libertad para hacer valer su poder y ejercer dominio sobre las débiles. Si este pensamiento no se cuestiona y se confronta desde las Facultades de Educación, es muy probable que el profesorado en formación interiorice que su función se limita únicamente a impartir una serie de materias curriculares y emitir las calificaciones correspondientes, anestesiando las conciencias y contribuyendo a la estratificación social mediante prácticas “darwinistas” que justifican la división entre ganadores y perdedores (Sandel, 2020).

4. LA NECESIDAD DE CONSTRUIR UNOS PRINCIPIOS FARO

En este punto de la disertación, retomo la cuestión que abría el texto y sustituyo el adverbio “cómo” —que aparecía en la frase inicial para dotarla de cierto tono de exasperación, no como reclamo a recibir respuestas de tipo técnico o procedimental—, por el interrogativo “por qué”. El objetivo es que la pregunta interpele directamente a quienes nos dedicamos a ello desde las universidades y nos invite a encontrar razones de peso para continuar desarrollando esta encomiable labor de forma consciente y comprometida. Así pues, ¿por qué formar profesionales de la educación en tiempos tan convulsos?

Replanteo la cuestión por tres motivos fundamentales: en primer lugar, porque llevo tiempo defendiendo que los posicionamientos educativos tienen más que ver con las creencias que con las ciencias —y cuando aludo al término, no lo hago desde una acepción mística, religiosa o espiritual, sino completamente racional—, subrayando la importancia que tiene ser fieles a unas convicciones éticas que nos permitan actuar de manera coherente, uniendo pensamiento, sentimiento y acción; en segundo lugar, porque

⁷ La palabra “determinadas” no aparece por casualidad en la frase, ya que hay guerras que serán duramente criticadas por los gobiernos mundiales y otras que serán ignoradas, defendidas o aplaudidas fervorosamente, dependiendo de los países en conflicto y de los beneficios que se esperen obtener tras el derramamiento de sangre.

precisamente en momentos de enorme desconcierto, incertidumbre y confusión vital, considero más necesario que nunca alegar unas motivaciones intrínsecas y aferrarse a ellas como anclaje para evitar dejarse llevar por los vaivenes, las tensiones y las presiones sociales; en tercer lugar, porque si no lo hacemos nosotros/as, serán otros/as quienes lo hagan (Díez Gutiérrez y Jarquín Ramírez, 2025). Y, desgraciadamente, ya estamos presenciando algunas injerencias en las universidades que resultan ser verdaderamente abyectas⁸.

Por todo lo dicho, destaco la necesidad de que aquellos/as que nos dedicamos a la formación del profesorado en un escenario hostil, como el presente, hagamos el esfuerzo de construir unos *principios faro* que, a modo de analogía, puedan “alumbrar” cuando la oscuridad circundante nos impida ver con claridad, al igual que las torres situadas en los litorales marítimos sirven de guía en plena noche para que los barcos no se estrellen contra las rocas y puedan navegar hacia rutas seguras. Sin ellos, cualquier docente corre el riesgo de caer en el nihilismo (nada de lo que hacemos en las aulas tiene sentido para transformar la realidad) o en el totalitarismo (es más cómodo y seguro seguir las directrices establecidas por quienes detentan el poder).

Evidentemente, corresponde a cada profesor/a conformar sus propios *principios faro*. En cualquier caso, la clave reside en tener presentes los tres valores universales que han sido objeto de reflexión desde la antigüedad (y que Platón llegaría a considerar “transcendentales”): verdad, bondad y belleza. Esos criterios deben ser nuestros asideros, hoy y siempre. Frente a la mentira y la desinformación, *verdad*; frente a los discursos de odio y la violencia, *bondad*; frente a la desilusión y la desesperanza, *belleza*. ¿Acaso hay llamas que arrojen más luz?

5. A MODO DE CIERRE INCONCLUSO

Sin duda, el reto que tenemos por delante no es sencillo y es comprensible que aparezcan momentos de desaliento. Por eso es tan importante el debate y el intercambio de ideas entre compañeros/as. En medio de tanta “cacofonía digital”, tantas discusiones intrascendentes y tanta *opinología* vacua, es de agradecer que existan espacios propicios para la conversación escrita y la reflexión serena, tranquila, sosegada. Necesitamos lecturas que funcionen como una sesión catártica, pero también como un abrazo amistoso; palabras que emocionen y reconforten —también que provoquen y revuelvan—, voces cómplices que nos recuerden que no estamos solos/as en la tarea de formar profesionales de la educación y que compartimos las mismas tribulaciones, aunque cada cual las afronte de manera distinta. Por este motivo, cierro el escrito pero no el diálogo, ya que la intención es enriquecer el texto con nuevas aportaciones que amplíen la perspectiva. Ahora abro el debate y paso el testigo a quien quiera pronunciarse sobre algunos de los aspectos recogidos (o no) en estas páginas, las cuales simbolizan los primeros pasos de un sendero que no sabemos exactamente a dónde nos conduce, pero que, a buen seguro, será gratificante transitar. Hagamos de esta sección algo vivo y estimulante.

⁸ Marco, L. (9 de julio de 2025). El Gobierno de Mazón veta en la formación de profesores los cursos de Antifascismo y Memoria Democrática. *elDiario.es*.

REFERENCIAS

- Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica de España, S. L.
- Díez-Gutiérrez, E. J. (2025). *Emprendimiento o emprendedurismo educativo. Educar en las reglas del capitalismo: la nueva guerra cognitiva*. Miño y Dávila.
- Díez-Gutiérrez, E. J., y Jarquín-Ramírez, M. R. (2025). *No pasarán. Por qué la extrema derecha quiere controlar la educación pública y qué hacer para defenderla*. Plaza y Valdés.
- Entrialgo, M. (2024). *Malismo. La ostentación del mal como propaganda*. Capitán Swing.
- Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Caja Negra.
- Lapoujade, M. N. (2022). *Perspectivas de la imaginación. Las sociedades gaseosas*. UNAM.
- Royo, A. (2017). *La sociedad gaseosa*. Plataforma Editorial.
- Sandel, M. J. (2020). *La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?* Debate.
- Scolari, C. A. (2020). *Cultura Snack*. La Marca.